

Economía y teología*

José Ignacio González Faus Cristianisme i Justícia

Ante cualquier reconocimiento hay que dar las gracias. La mejor manera de hacerlo es no tomarlo como agasajo, sino como estímulo: “aguijón y caricia a la vez”, canta un himno litúrgico castellano. Y aplicado a este momento: *reconeixement y encoratjament...*

Me complace sobre todo recibirlo del Instituto Mounier, porque su concepción del personalismo contiene una de las verdades que más necesita nuestro mundo: que *la persona no es solo el individuo, sino la armonía entre lo individual y lo comunitario*. Lo comunitario pertenece a la esencia de la persona tanto como lo individual, sin que uno pueda crecer a costa del otro.

Eso contrasta claramente con nuestra atmósfera cultural, que nos hace respirar un individualismo de corte norteamericano corruptor de esa noción de persona. Tal deformación ha llegado a reflejarse incluso en la ética: ya el Vaticano II criticaba un individualismo ético¹, que hoy podría derivar incluso hacia un “individualismo místico”.

Mounier, en cambio, sostiene que el tú (y con él, el nosotros) precede al yo o, al menos, lo acompaña. Por eso, denunciaba “una tendencia permanente a la despersonalización en nuestra sociedad”. Ese modo de ver le llevó a una crítica muy seria de nuestro sistema económico, radicalmente anclado en un individualismo excluyente, y al que él veía estructurado en torno a una triple primacía injusta: primacía de la producción sobre el hombre, primacía del dinero sobre el trabajo y primacía del provecho sobre cualquier otro móvil de la actividad económica².

* Discurso con ocasión del reconocimiento del Instituto Emmanuel Mounier (Barcelona).

1. “[Q]ue nadie se conforme con una ética individualista” (GS 30).
2. *Revolución personalista y comunitaria*, II, p. 6.

Ese sistema predica impávidamente que el egoísmo es fuente de beneficios sociales. Y así acaba produciendo “muy ricos cada vez más ricos, a costa de muy pobres cada vez más pobres”. Mounier lo decía también en el texto antes citado: “el capitalismo defiende la iniciativa y libertad de unos pocos mediante el esclavizamiento de la mayoría”. Con una frase bíblica que no ha perdido actualidad: “el rico ofende y encima se ufana; el pobre es ofendido y encima pide perdón” (Eclo 13,3).

En ese antipersonalismo de nuestro sistema, anidan muchas de las grandes calamidades que ensombrecen nuestro presente; quizá por eso Francisco sostiene que “nuestra economía mata” (EG 53).

Eso me lleva a proponer lo que considero como gran necesidad y gran tarea para nuestro futuro: *la confrontación y el diálogo entre economía y teología*. Si estamos en un sistema que mata, resulta absurdo que los teólogos intenten hoy dialogar o confrontarse con Einstein, Planck o Darwin, pero no pretendan, ni sepan encararse con Marx, Keynes o Walras. Y sin embargo, como escribe con razón un economista de moda, “el asunto de la distribución de la riqueza es demasiado importante como para dejarlo en manos de los economistas”³.

Pero el sistema asesino ha sabido inmunizarse, haciéndonos creer que en la economía se trata solo de unas matemáticas muy abstractas, que nos imponen respeto, haciéndonos sentir analfabetos y ocultándonos que la economía es, ante todo, una antropología. De ahí brota un oculto y caudaloso filón de ateísmo, como intentaré mostrar con un único ejemplo.

A la tradición cristiana, ya desde los padres de la Iglesia, se le planteó repetidas veces el problema de que *la mera existencia de los pobres es un argumento decisivo contra la providencia de Dios* (entonces se hablaba solo de providencia: hoy se hablaría de existencia). La respuesta unánime de la tradición es que esa objeción valdría solo si no constara claramente como expresa voluntad de Dios, que todo aquello que sobra al rico, una vez satisfechas sus necesidades de manera sobria y digna, *deja de pertenecerle ipso facto, y pasa a pertenecer a los pobres de la tierra*.

Dios, por su inaudito respeto a la libertad humana, asume el riesgo de no intervenir en esta historia repartiendo Él las riquezas que son suyas. Pero, una vez aceptado esto, debe quedar igualmente claro que la voluntad de Dios es que el ser humano haga aquello que Él renuncia a hacer para no interferir con nuestra autonomía. De ahí el axioma de los padres de la Iglesia: *nadie es propietario de los bienes que posee, sino solo administrador*. Axioma que se prolonga hasta esta triple tesis de F. Ozanam: “Dios no hace a los pobres [...] es la libertad humana la que hace a los pobres [...] y] calumnia a Dios quien dice que las clases

3. T. Piketty, *El capital en el siglo XXI*, p. 16.

sufrientes son las responsables de sus males⁴. Ahí se fundamenta un principio fontal para toda la enseñanza social de la Iglesia: que el único derecho primario en cuestiones de propiedad es el destino común de los bienes de la tierra. La propiedad privada es un derecho secundario, y solo es derecho en la medida en que sirva para la realización de ese objetivo primario; dejando de ser derecho cuando lo obstaculice⁵.

Es entonces moralmente intolerable, por legal que sea, que un señor Soros gane mil millones de libras, en solo seis meses, a base de especulación financiera: con el lenguaje clásico, se trata de un grave “pecado mortal”. Y si nuestra economía permite eso, hay que gritar que esa economía permite el robo a gran escala. Como es un pecado mortal intolerable que, durante esta crisis, se hayan dado a los bancos 75.000 millones de euros del dinero del pueblo, de los cuales la mitad no se recuperará y de la otra mitad solo se han recuperado unos tres mil millones de euros. Entretanto, los bancos, como el personaje de aquella parábola evangélica de los dos deudores, van desahuciando a gentes pobres que pensaron que el derecho a la vivienda, que proclama nuestra Constitución, era una verdad. Pero a esos bancos que no pagan sus deudas, nadie los desahucia: ellos mismos son su propia “plataforma antihipotecas”.

¿Cómo podemos los teólogos pretender seguir hablando de Dios si no hablamos de ese “Dios crucificado”? ¿No se vuelve diáfana ahí la célebre frase de Nietzsche: “Dios ha muerto y lo hemos matado nosotros”? Lo extraño es que no nos hayamos quedado ronc de gritar que todo eso es absolutamente intolerable. Y no importa en estos momentos si, como sostienen algunos para tranquilizarse, esa solución era “inevitable”. En este caso, es todavía peor: porque cuando el crimen es inevitable, es la mejor prueba de que estamos ante un sistema “que mata”; y, por lo tanto, es imprescindible acabar con él.

¿Por qué mata? Pues porque en nuestro sistema económico, la providencia divina ha sido sustituida por la presunta mano invisible de un mercado omnisciente y todopoderoso, que lo arregla y resuelve todo. Esa mano invisible, cuando Adam Smith acuñó la expresión, era simplemente el rostro bien visible de los dos interlocutores, que constituyen el verdadero mercado y que ambos se conocen y les interesa dejar contento al otro. Pero eso ya casi no existe hoy, y ha sido sustituido por un enorme sistema anónimo, que ya no merece el nombre de

4. Ver la cita completa en mi antología *Vicarios de Cristo: los pobres en la teología y espiritualidad cristianas*, Cristianisme i Justícia, 2004, p. 283.

5. Un único ejemplo que he citado otras veces: “Todo hombre tiene derecho a encontrar en la tierra cuanto necesita. Los demás derechos, sean los que sean, *incluido el de propiedad y comercio libre*, están subordinados a ello; no deben estorbar, sino facilitar su realización. Y es un grave y urgente deber social reconducirlos a su finalidad primera” (Pablo VI, *PP* 22). Esto hoy es delictivo en el occidente cristiano.

mercado y que encarna aquella frase latina que citaba Hobbes: “la lucha de todos contra todos”. Es natural que la lucha de todos contra todos sea un sistema que mata, como decía Francisco. Un sistema que convierte en mercancía todo aquello que es sagrado y sacraliza todo lo que es mera mercancía. Véanse, si no, estas palabras de un obispo católico, anteriores a *El capital*, de Marx:

La gran mayoría de los hombres de los estados modernos está expuesta a las oscilaciones del mercado [...] para la supervivencia de sus familias y para resolver el problema cotidiano del pan necesario [...] No conozco nada más digno de acusación que ese estado de cosas [...] Ese es *el mercado de esclavos de nuestra Europa liberal*, configurado según el patrón de nuestro liberalismo ilustrado. Hemos de preguntarnos qué es lo que ha convertido al trabajo en una mercancía de mercado y qué es lo que hace bajar su precio hasta el último peldaño. Y la razón es que el salario del trabajador se determina por la oferta y la demanda. Y (como las otras mercancías) la oferta y la demanda se regulan según la competencia.⁶

Todo eso se agudiza cuando el mercado pasa a ser no ya de mercancías, sino también de servicios, con su “letra pequeña” en los contratos y todos los abusos de que oímos hablar cada día. Pero lo que nos importa constatar ahora es que *nada de eso merece el nombre de mercado*, en el sentido dialogante que le daba Adam Smith. Este sistema nuestro no es un absoluto que se autorregula a sí mismo: es un Moloch que exige sacrificios humanos. Y a la teología toca recuperar la lucha de todo el Primer Testamento bíblico contra los falsos dioses⁷.

Desde estos presupuestos, la economía no puede ser reducida a meras matemáticas: *es ante todo antropología y psicología*. Y, a partir de antropologías muy

6. W. F. von Ketteler, obispo de Mainz, *Schriften*, vol. III, 17, subrayado mío (München, 1911). Ver la cita completa en la antología *Vicarios de Cristo: los pobres*, o. c., p. 286.

7. Esa teología del mercado reclama como indispensable y sagrada la noción de “competencia perfecta”. Y cuando alguien pone de relieve los destrozos de ese mercado, se responde que no son culpa suya, sino debidos a la falta de una competencia más perfecta. Pero los mismos economistas que predicán eso saben que la competencia perfecta es imposible: si interviene el Estado para garantizarla, entonces la competencia ya no es perfecta, al quedar constreñida por un factor exterior. Pero cuando el Estado no interviene, “todo economista sabe que un mercado de competencia perfecta es una quimera y que la competencia tiene virtudes explosivas y destructoras” (Bernard Maris, *Carta abierta a los gurús de la economía que nos toman por imbéciles*, p. 46). Tan explosivas que su perfección consiste en ir eliminando a todos los competidores y convertirse poco a poco en el pez más grande para poder comerse a todos los peces chicos.

incorrectas y poco cristianas, se justifican verdaderos asesinatos estructurales⁸. Si se me permite parodiar el viejo refrán, aunque el robo se vista de matemática, robo se queda.

Por eso, y volviendo a la pregunta que afrontó toda la tradición cristiana, *en el tema de la economía nos jugamos la posibilidad de afirmar la existencia y la verdadera identidad de Dios*. Como mínimo, hay que proclamar en voz bien alta, que todos esos multimillonarios que pretenden ser religiosos y afirman creer en Dios (desde la derecha republicana de Estados Unidos hasta muchos políticos españoles del Partido Popular), creen en realidad en un dios falso y, si no son ateos, son algo peor: idólatras.

Por eso no debe resultar extraño que reivindicemos confrontación y diálogo entre economía y teología. Ojalá nuestra Iglesia dedique más energías a formar verdaderos economistas, que conozcan no solo el “pensamiento único económico oficial”, que se enseña en casi todas las escuelas, sino la totalidad de la historia y las distintas corrientes de la economía.

Además, también en esto nos precede la mejor tradición cristiana. En efecto, la palabra economía está llamativamente presente en todo el Nuevo Testamento y en muchas páginas de los padres de la Iglesia. Nuestra increíble capacidad para manipular el evangelio en provecho propio nos ha hecho creer que esa palabra tenía antaño otro sentido, distinto del que tiene ahora. A esto quisiera responder con lo que escribí en otra ocasión, partiendo del significado mismo de la palabra griega *oikonomía* (administración de la casa, o gestión de lo que hay):

Quando la carta a los Efesios (3,9) describe la misión del apóstol como “dar a conocer *la economía del misterio* escondido de Dios”, está refiriéndose a la manera como Dios administra o gestiona la creación y su historia. Esa gestión de la creación, que implica su conservación y su crecimiento (como dirá luego san Ireneo), busca la unidad entre todos los hombres, derribando las barreras que los separan y aboliendo las diferencias que los hombres crean entre ellos. Es una economía de colaboración, no de competencia. La meta final de esa “*economía divina*” (Ef 1,10) es llegar al fin de los tiempos con toda la creación recapitulada en Cristo. Esa “*economía de Dios*” (Col 1,25)

8. W. Schäubel, actual ministro alemán de finanzas, no cesa de repetir que la economía necesita confianza. Luego arguye que la austeridad genera confianza y, por eso, suscita desarrollo. El argumento no es matemático, sino psicológico. Y quien no esté ofuscado por intereses ocultos percibirá fácilmente que es de mala psicología: la austeridad en las clases bajas (a las que más se impone) genera desesperación y amenaza de violencia. En las clases medias genera el temor a que se les imponga más y el rechazo a correr más riesgos. Y en las clases altas (a las que más se debería imponer y menos se impone) genera la tentación de aprovecharse de la debilidad de los otros en beneficio propio. ¿A eso llama confianza el señor Schäubel?

es la que ha elegido a Pablo como apóstol para ese fin. Por eso, Pablo define la misión de los apóstoles como “servidores de Cristo y ‘economistas’ de los misterios de Dios” (*oikonomous*, 1 Cor 4,1).

Pasando a los padres de la Iglesia, me limitaré a unos pocos textos de san Ireneo: la “oikonomía” es el plan de Dios, la manera como Dios gestiona su creación y esta historia, a través de Cristo. Esa economía de Dios es una gestión de “descenso” y de “inclusión” (recapitulación) de todos: así concluye Ireneo su exposición del cristianismo⁹. En su otra gran obra repite que Dios gestiona toda “su economía” en favor de lo débil¹⁰. Y la frase tantas veces citada: “*gloria Dei vivens homo*”, clausura toda una reflexión que define a Jesús como “la economía de la gracia de Dios a favor de los hombres”, aclarando que “por ellos ha llevado a cabo toda esta forma de economía”¹¹: porque “la gloria de Dios es la vida del hombre”.

Se perciben así las concomitancias de la palabra con nuestra economía actual. Y podemos concluir que la “oikonomía” de Dios de que hablan las fuentes cristianas y la economía nuestra no son palabras que difieran en su contenido y su significado; si difieren, es más bien *en el modo de gestión de esos contenidos*: la economía de Dios es la *gestión de su creación en favor de los hombres y de la debilidad humana* (“carne”), a través de Jesucristo. Mientras que la economía de los hombres ha sido hasta hoy *la gestión de la creación en favor de unos pocos y en contra de las multitudes humanas*. La gloria de Dios es la vida de los hombres. La gloria del Capital es la muerte de muchos.¹²

Tras esa rápida panorámica, permítaseme concluir con una alusión a la palabra de Jesús en los evangelios: el anuncio de Jesús que demandaba conversión no fue la mera existencia de Dios, sino *la cercanía del reinado de Dios*. En la conversión exigida por ese anuncio se juega el hombre su juicio definitivo. Y ese juicio se concreta en dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y visitar al preso, tantas veces preso por haber robado bienes de esta tierra que él no tenía...

Así, pues, muchas de las conductas descritas por Jesús como materia del juicio definitivo tienen un tinte claramente económico, que, antaño, podría resolverse solo mediante donaciones y limosnas, pero hoy, cuando el hombre ha conquistado la capacidad de crear riqueza sin esperar a que se la produzca la tierra, debe resolverse mediante una creación de riqueza puesta primariamente al

9. *Epideixis* 99 y 100: “la economía de su encarnación”.

10. “Por la carne”, en traducción literal y dando a esta palabra el tinte negativo que tiene en el cuarto evangelio (*Ad Haer*, IV, Prol, 4).

11. *Ibid.*, 20, 7.

12. Ver el artículo “Meditación de dos economías”, en *Manresa* (2013, p. 85), número dedicado a la crisis económica desde la óptica de los *Ejercicios* de san Ignacio.

servicio de los pobres y no del lucro propio innecesario. Voltaire decía que el lujo es “lo más necesario” y Lacordaire predicaba que “nada hay en el mundo que Dios haya maldecido más que el lujo”¹³.

Por mucho, pues, que alguien pretenda haber guardado los mandamientos, sobre todo el sexto, que funciona tantas veces como taparrabos con que cubrir las desnudeces del séptimo, se le dirá claramente, aunque se entristezca: “te falta todavía una cosa: todo cuanto tienes ponlo al servicio de los pobres”. Y cuando el rico siga esa llamada, actuará como hizo Zaqueo: “doy la mitad de los bienes a los pobres y devuelvo el cuádruple a todos los que haya defraudado algo”.

No es cosa de alargarse más. Ojalá, desde lo que he intentado decir, se comprenda la necesidad y la urgencia de estructurar nuestro mundo en torno a una civilización de la sobriedad compartida (o “civilización de la pobreza”, como solía llamarla Ignacio Ellacuría, de forma más provocativa). En esa propuesta radica la única posibilidad de salvación que tiene nuestro planeta. Y ante ella, nos vemos abocados al mismo dilema que se le planteaba al pueblo de Dios, en el libro bíblico del Deuteronomio: “tienes ante ti la vida y la muerte. A ti te toca elegir entre ellas”.

Si Dios no lo remedia, me temo que elegiremos la muerte. Ojalá san Emmanuel Mounier interceda por nosotros...

13. El texto de Voltaire es un verso de *Le mondain* (“lo superfluo... ¡tan necesario!”). El de Lacordaire, de una charla dada en París, en 1951 (verlo completo en *Vicarios de Cristo, op. cit.*, p. 301).